

# LOS INFAMES: ENTRE EL DELITO Y EL PECADO LOS NEOFOLLETINISTAS Y SUS REPRESENTACIONES MORALISTAS DE LOS BAJOS FONDOS

---

Os infames entre o delito e o pecado: Os neofolhetinistas e suas representações moralistas do submundo

Infamous people between crime and sin: the new feuilletonists and their moralist portrayals of the underworld

**Andrés Vergara Aguirre**

Doctor en Historia, Docente de la Universidad de Antioquia. Director del pregrado en Letras: Filología Hispánica. Investigador miembro del Grupo de Estudios Literarios

avergaraeditor@gmail.com

## RESUMEN

José Antonio Osorio Lizarazo y Ximénez fueron dos neofolletinistas destacados de la prensa de Bogotá entre las décadas de 1920 y 1940. Las crónicas de ambos también estuvieron muy marcadas por su formación en colegios católicos, y ello se hace evidente en las representaciones sobre los bajos fondos de la ciudad, en las que tienden a confundir el delito y el pecado, en unas relaciones maniqueas en las que se imponen dicotomías como buenos y malos, Dios y el Demonio, cielo e infierno, santos y pecadores. Aquí se propone una lectura hermenéutica de esas representaciones, relacionadas con la formación religiosa de los reporteros.

**Palabras clave:** Comunicación. La comprensión como método. Neofolletinista. Crónica. Cristianismo.

## RESUMO

José Antonio Osorio Lizarazo e Ximénez foram dois neofolhetinistas destacados da imprensa de Bogotá entre as décadas de 1920 e 1940. Suas crônicas também estiveram muito marcadas por sua formação em colégios católicos, o que fica evidente nas representações do submundo da cidade, onde tendem a confundir delito e pecado em relações maniqueístas dicotômicas: bons e maus, Deus e Demônio, céu e inferno, santos e pecadores. Aqui propomos uma leitura hermenéutica dessas representa- ções, relacionadas com a formação religiosa dos repórteres.

**Palavras-chave:** Comunicação, a compreensão como método, neofolhetinista, crônica, cristianismo.

## **ABSTRACT**

José Antonio Osorio Lizarazo and Ximénez were two acknowledged new feuilletonists of Bogatan press between the 1920s and 1940s. Their sketches show the deep scar of their years in catholic schools, something that becomes evident in their portrayals of the city's underworld, where they tend to mix up crime and sin in dichotomic manichean relations: good and bad, God and Devil, heaven and hell, saints and sinners. We propose a hermeneutical reading of such portrayals in relation to the reporters' religious background.

**Keywords:** Communication, comprehension as a method, new feuilletonist, sketch, christianism.

# LOS INFAMES: ENTRE EL DELITO Y EL PECADO LOS NEOFOLLETINISTAS Y SUS REPRESENTACIONES MORALISTAS DE LOS BAJOS FONDOS

## INTRODUCCIÓN

José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964) y José Joaquín Jiménez—en adelante Ximénez, el seudónimo con el que se hizo famoso— (1911-1946) fueron dos destacados neofolletinistas, como he denominado en mi investigación (Vergara, 2014) a los cronistas colombianos que, a comienzos del siglo xx, utilizaron las técnicas usadas por la prensa folletinesca del siglo xix para escribir relatos más llamativos para los lectores.

La literatura tuvo una presencia muy importante en la producción periodística de Osorio Lizarazo y de Ximénez, y además la música en el caso del segundo; asimismo, las crónicas de ambos también estuvieron muy marcadas por su formación en colegios católicos, y ello se hace evidente en las representaciones sobre los bajos fondos bogotanos presentes en sus relatos. El maniqueísmo que puede percibirse en estos, en gran medida puede provenir de esa visión religiosa que tiende a las representaciones dicotómicas: buenos y malos, Dios y el Demonio, cielo e infierno, santos y pecadores... ¿Qué tanto incide esa formación cristiana en el modo como estos cronistas representan el bajo mundo bogotano? Desde una perspectiva cristiana, ¿qué sentido adquieren algunos de los elementos religiosos que usan en esas representaciones? A estas preguntas están dedicadas las siguientes páginas, desde la convicción de que al fin de cuentas, como dice Northrop Frye, “la Biblia parece estar mucho más próxima al campo de la poética que al de lo científico” (1988, p. 28).

En este análisis utilizo la dicotomía distinguidos-infames para referirme a dos tipos de personajes representados en la prensa, según los mismos términos usados por los neofolletinistas: *distinguidos* son aquellos personajes dignos de respeto y consideración por el lugar que ocupan en la sociedad, mientras que los *infames* son aquellos seres que no tienen prestigio y que incluso son infamados en los mismos relatos.

Este análisis tuvo como base un corpus de 130 crónicas de Ximénez y 109 de Osorio Lizarazo, y se utilizó el programa computacional Atlas.ti para la ubicación de los términos relacionados con la religiosidad que se examinan en las siguientes páginas.

El análisis sobre las relaciones entre el delito y el pecado en los relatos de los dos cronistas se enfoca desde la comprensión como método, pues se trata en esencia de una lectura interpretativa, teniendo en cuenta que, como lo sintetizan

Londoño y Castañeda, al reconocer la dimensión hermenéutica de las ciencias humanas aceptamos que en estas, “los datos están determinados a la luz de una interpretación teórica, y los hechos por sí mismos tienen que ser reconstruidos a la luz de dicha interpretación” (2010, p. 243); asimismo, destacan ellos, en la investigación desde esta perspectiva lo esencial es “comprender los significados e intenciones” (p. 243).

### **Infames en el purgatorio**

Además de la pasión por el periodismo y por la literatura, otro de los elementos comunes entre Osorio Lizarazo y Ximénez es su formación cristiana, pues ambos estudiaron en colegios católicos; el primero había estudiado en el Colegio Nacional de San Bartolomé, donde culminó su bachillerato en 1916. Ximénez estudió la primaria en el Colegio Salesiano León XIII, y dos años de bachillerato en el Colegio Mayor de San Bartolomé, donde estuvo becado. Pero se retiró del segundo grado, más que por la pobreza y la orfandad —su padre había muerto cuando él era un niño—, lo hizo por la necesidad de vivir aventuras, por la influencia de un libro que había leído entonces: *La vuelta al mundo de dos pilletes* (La Vaulx y Galopin, 1957)<sup>1</sup>; según él lo dijo años después, la lectura de aquella novela lo inspiró a abandonar su casa e irse a recorrer el país cuando apenas tenía trece años (Ximénez, 1939c, p. 6).

También Osorio Lizarazo había sentido el llamado aventurero muy temprano, y cuando terminó el bachillerato, a sus 16 años, emprendió una correría por el país que lo llevó a las minas de Caldas; algunas de sus experiencias en aquella época las relataría mucho después en su novela *El hombre bajo la tierra* (Osorio Lizarazo, 1944). De esas andanzas también le quedó una profunda cicatriz, por el machetazo que recibió en una pierna, en una riña de cantina.

Ambos cronistas evocarían algunos pasajes de aquellas experiencias en sus relatos, como una advertencia de que aquellos días marcaron sus vidas, lo mismo que las habían marcado, por supuesto, la educación en un colegio cristiano; ello se evidencia en las diversas alusiones a libros religiosos y en las concepciones místicas que pueden percibirse en sus relatos.

En “Una visita al patio de mujeres”, por ejemplo, Ximénez nos deja un epígrafe tomado de uno de los libros de devoción cristiana más conocidos, la *Imitación de Cristo*:

También algunas veces, conviene usar de fuerza y contradecir varonilmente el apetito sensitivo y no cuidar de lo que la carne quiere o no quiere, sino andar más solícitos para que esté sujeta al espíritu, aunque le pese.

Y debe ser castigada y obligada a sufrir la servidumbre, hasta que esté pronta para todo, aprenda a contentarse con lo poco, a holgarse con lo sencillo y a no murmurar contra lo que es amargo (Ximénez, 1946d, p. 198).<sup>2</sup>

¿Qué mensaje pretendía dejar el autor con este epígrafe? Una lectura de la crónica nos permite concluir que, desde una visión religiosa, plantea que las mujeres confinadas en aquella prisión, con carencias de toda índole, más que purgar sus delitos están purgando sus pecados para lograr la purificación. Es el caso de una presa, por ejemplo, que vive aislada de las demás reclusas, y en un eterno mutismo: “Alguien informa que la anciana cometió un bárbaro pecado. Destrozó con su crimen el más santo, el más sabio y el más grande sentimiento de la humanidad. Y el pecado le sale al rostro, hácela repulsiva y odiosa. Esta es su penitencia” (Ximénez, 1946d, p. 202). ¿Qué delito cometió la mujer? El narrador no lo informa, pero a juzgar por los adjetivos que usa, puede inferirse que se trata de filicidio, es decir que mató a su propio hijo. Pero más allá del crimen, lo importante aquí es la concepción moralista: el narrador concluye que el pecado cometido se refleja en el rostro de aquella mujer y la hace repulsiva, incluso para las demás reclusas, que evitan acercarse a ella.

En la crónica también se habla de la lujuria que se apodera de aquellas mujeres cuando un hombre visita la cárcel: “Arréglanse los desgredados cabellos y desvergonzadas se contonean provocativamente. La señora guardiana hácelas entrar en razón” (p. 203). Aquí, pues, parece confirmarse la idea de que allí las mujeres están en un proceso de purificación del espíritu, al que alude el epígrafe cuando invita a tener fuerza de voluntad para que la carne “esté sujeta al espíritu, aunque le pese”.

Aunque al final se afirme que “Es cruel, es inhumano, es villano tenerlas allí, en aquella pesebrera dividida en celdas de dos metros. No hay talleres, ni rezos, ni capilla”, en realidad el mensaje subyacente, sobre la purificación de las reclusas, parece sobreponerse a cualquier otro sentido (p. 204). Incluso en este último pasaje citado, la crueldad y villanía de aquel encierro podría estar más relacionado con la ausencia de rezos y de capilla que con las condiciones de suciedad y de miseria de la prisión.

En otro relato, también sobre un presidiario, Ximénez usó otro epígrafe tomado de Kempis: “El que es bueno halla bastante materia para dolerse y llorar, porque, ora mire a sí, ora piense en su prójimo, sabe que ninguno vive aquí sin tribulaciones” (Ximénez, 1946c, p. 191)<sup>3</sup>. Aunque todo el texto consiste en el testimonio de un preso, el mensaje parece aludir a la prisión en general, y apela incluso al sentimiento cristiano de los lectores, para que se conduelan de sus “prójimos”, víctimas de tantas tribulaciones, como las que relata el penado de la celda 17; estos aspectos también influyen en la tendencia melodramática del cronista.

En cuanto a los registros relacionados con lo religioso, en las crónicas de Ximénez hay una frecuencia significativamente mayor de cada uno en la mayoría de los casos. Aunque en ello incide el hecho de que la muestra de Ximénez la conforman 130 relatos, mientras que en la de Osorio Lizarazo son 109. Sin



embargo, en algunos casos las diferencias de frecuencia sobrepasan de sobra esa proporción, como el caso de iglesia (templo, o capilla), que en el primero aparece 127 veces, mientras que en el segundo apenas tiene una frecuencia de 45; o torre (de iglesia), con una frecuencia de 76 y 2, respectivamente; también hay una diferencia notoria en los registros de “Dios”, con 75 y 24, en el mismo orden. Como podemos apreciarlo, tiende a haber una mayor presencia de los registros alusivos a lo religioso en Ximénez; esto también nos recuerda una diferencia importante en ambos cronistas, y que se nota en distintos aspectos: en Osorio Lizarazo se evidencia una formación más liberal que en Ximénez.

En contraste con esa tendencia, el “diablo” tiene 24 registros en Osorio Lizarazo y apenas 9 en Ximénez. Ello está relacionado con la inclinación del primero a escribir relatos de tono misterioso, y con que en algunos de ellos tiende a imponerse el mal, de manera fatal; tanto que incluso en una de sus crónicas vemos que en los inquilinatos la miseria “preside como un monstruoso dios mitológico” (Osorio, 1926b, p. 125), en contraste con el dios siempre bondadoso en Ximénez. También llama la atención la frecuencia de los “pecados” en Ximénez, que aparece con 70 registros, mientras que en Osorio Lizarazo solo aparece en 12 ocasiones. Esto en parte se debe a una actitud, no tanto moralista, sino más bien lúdica, en el modo como Ximénez representa el pecado, mientras que en Osorio parece una relación mucho más trascendental, aun trágica, no solo en cuanto al pecado sino, en general, en todo lo relacionado con lo religioso y lo espiritual. Estas diferencias responden al contraste entre ambos autores en sus maneras de leer los bajos fondos bogotanos, desde sus modos de concebir el mundo: mientras que Osorio Lizarazo tiende a avanzar por un cauce trascendental y fatalista, hacia un desenlace trágico, Ximénez parece dispuesto a descubrir en todo, aun en lo más sórdido o trágico, el lado cómico, divertido; en otras palabras, él siempre busca encontrar los “caminos de fuga” —para usar una expresión muy frecuente en sus textos—, ante las situaciones más adversas. Precisamente, esa tendencia a quitarle trascendentalismo a los sucesos, para presentar su lado cómico o por lo menos un aspecto divertido, es parte de su peculiar estilo, que sus colegas contemporáneos llamaron la ximenidad. Sin embargo, a pesar de esas marcadas diferencias, los relatos de ambos cronistas coinciden en lo melodramático.

### **Delincuentes y pecadores**

Los santos y los pecadores también se dan cita en ambos autores con cierta regularidad. En el caso de Ximénez es más abundante la alusión a los pecados que a la santidad, y lo contrario ocurre en Osorio Lizarazo. En este, los 21 registros de “santo” aluden a fiestas religiosas y a algunas figuras sagradas; en el caso del “pecado”, se destaca la crónica “Donde se recogen sin distinción los hijos de la miseria y los del pecado”, en la cual cuatro registros aluden a los “hijos del pecado” (Osorio Lizarazo, 1926a, p. 16). En el relato se percibe una

crítica moralista implícita, en la alusión insistente a la promiscuidad entre los “hijos de la miseria” y los “hijos del pecado”, y ello se evidencia también en la caracterización de cada uno de los grupos:

Los hijos de la miseria son, con frecuencia, llevados allí por sus madres, campesinas humildes, en quienes el amor maternal se manifiesta con salvaje pujanza, pero que es vencido por la miseria, por las apremiantes urgencias de la lucha por la vida. Los hijos del pecado se encuentran casi siempre abandonados, porque el vicio ha endurecido el corazón de sus madres ahogando en ellas los mejores sentimientos (p. 16).

Así, pues, los “hijos de la miseria” llegan al hospicio de la mano de sus amorosas madres, víctimas de la pobreza, mientras que los “hijos del pecado” son abandonados por indolentes mujeres entregadas a los vicios, es decir, por las prostitutas, que nunca son mencionadas como tales en el relato.

En el caso de Ximénez, de los 46 registros de “santo” la mayoría son alusivos a figuras religiosas y a templos de la ciudad, sin que ninguno se destaque por un sentido particular, mientras que muchos de los 71 registros de “pecado” aluden también a los hijos del pecado; así, coincide con la acepción que ya vimos en el caso de Osorio Lizarazo. De los niños mendigos en Bogotá, por ejemplo, dice que “florecieron sus vidas como cardos de amargura en jardines de pecado, que les legaron, apenas nacidos, un baldón de vergüenza. [...] Desamparo, horrible desamparo, miserable abandono, auspiciaron sus días” (Ximénez, 1946b, p. 109).

Otro ejemplo similar está relacionado con un bebé nacido en prisión: “¿Y qué hace aquí esta mujer con un niño de dos meses en los brazos? ¿Qué hace esta criaturita de Dios, este inocente producto del pecado, en el patio del presidio de mujeres de Tunja?” (Ximénez, 1946d, p. 201). En este caso el “pecado” no alude a la prostitución, sino al homicidio, pues la madre asesinó al progenitor del pequeño. Y a propósito de este ejemplo, otra de las acepciones más comunes del “pecado” en Ximénez es el delito, así que los personajes de sus relatos no solo violan las normas jurídicas, sino también las leyes de Dios, es decir, los mandamientos. Como en el caso de la mujer que asesinó a su hijo: “Alguien informa que la anciana cometió un bárbaro pecado. Destrozó con su crimen el más santo, el más sabio y el más grande sentimiento de la humanidad. Y el pecado le sale al rostro, hácela repulsiva y odiosa” (p. 202). Los dos casos anteriores, sobre el conyugicidio y el filicidio, están en la misma crónica sobre la visita a la cárcel de mujeres de Tunja. En este relato se advierte un ánimo de exagerar los rasgos de las criminales, como si el delito en las mujeres fuera mucho más grave y mucho más pecaminoso aun que en los hombres. Y ello lo confirma el narrador cuando advierte:

Sí, la contemplación de la depravación absoluta de los hombres, infunde en el ánimo un sentimiento de asqueada lástima, la perspectiva que las presidiarias ofrecen, hacinadas en pequeños grupos, hediondas, puercas, desgarradas, horribles, no puede traducirse a palabras. Sólo con el flujo de una disolvente humedad que empaña las pupilas, sólo con el

grito imposible de contener en la garganta, con una exclamación bárbara de improperios que trabajara en el pecho la tempestad de sollozos ahogados, podría explicarse, humanamente, esta profunda, esta destructora sensación que agarra con sus zarpas a quien hasta este lugar se llegue (p. 199).

En otras palabras, cuando la cárcel de hombres produce lástima, la de mujeres produce pavor. Indudablemente, la carga moral que el cronista deja en los relatos sobre los delitos de las mujeres es mucho mayor que la que se lee en el caso de los hombres delincuentes.

El siguiente registro de “pecado” también lo encontramos en el contexto de la cárcel de Tunja, pero en este caso se trata de la cárcel de hombres. El delincuente que supuestamente ha dado su testimonio, dice que en las noches, entre otras cosas, escucha “el chasquido de los siete pecados, que trabajan espantosamente en este recinto, todo esto se me introduce en la cabeza y forma una estragada armonía” (Ximénez, 1946c, p. 195). En este caso, el contexto conlleva, por supuesto, al pecado de la lujuria.

En otra crónica veremos a Ernesto Ríos “El Palillo”, considerado uno de los más peligrosos hampones de la ciudad, que ha sido condenado a once años de prisión; el delincuente se muestra arrepentido y dispuesto a regenerarse:

Entiendo ahora que en el crimen no está la alegría; que en el **pecado** no existe el amor; que en el vicio no se encuentra la tranquilidad y que, sin la tranquilidad, la existencia será una continua tortura. Y quiero modificarme. Tengo toda la capacidad para hacerlo, pues, precisamente, como he sido vicioso y he **pecado** abundantemente, sé tomarle el sabor a las cosas buenas, mejor, mucho mejor, que quienes no han **pecado** y han sido comúnmente buenos y honestos (Ximénez, 1939a, p. 2).<sup>4</sup>

Se hace evidente la insistencia en el tema del pecado. Aunque supuestamente el pasaje hace parte de un parlamento de Ernesto Ríos, el estilo y el tono indican que el texto es composición del cronista. Además, aquí se repite una tendencia recurrente en Ximénez que ya ha habíamos mencionado antes: en su obra se asocian los delitos y los vicios con el pecado, más que con las leyes penales. En este caso, un delincuente consumado afirma que “en el pecado no existe el amor”, en una clara alusión al sexo de alquiler —esto parece evidente en el contexto de la crónica, donde se cuenta que el personaje se casará pronto; además, en los relatos de Ximénez siempre se asocian delincuencia y prostitución—. Pero los otros dos registros también aluden a los actos delictivos, como puede leerse en el contexto. Y tal semántica se confirma en otro relato, donde el delincuente se queja por la detención de su padre y su familia cuando intentaron defenderlo de la policía: “es una familia honrada y hacen que ella pague mis pecados” (Ximénez, 1939b, p. 19). Y esa misma acepción le da al término otro reo, “el Patón” Rafael Vélez, cuando insiste en su inocencia: “cuando se me coja en el más leve pecado, en la más elemental infracción, en la más venial contravención policiva, que se me envíe a colonias para toda la vida” (Ximénez, 1941, p. 2).



Otro aspecto que llama la atención aquí es la relación entre pecado y miseria. En Osorio Lizarazo todos los registros están asociados a la ciudad de los bajos fondos, mientras que en Ximénez, de los 70 registros apenas uno tiene relación explícita con la ciudad de los distinguidos, y ello en una escena imaginaria de la Santa Fe colonial. Esto se debe a que el pecado está asociado a la prostitución, a la delincuencia y a la miseria —es decir a los infames— en ambos autores, aunque es mucho más notorio en Ximénez. En uno de sus relatos vemos, por ejemplo, cómo ese lugar de pobreza y delincuencia que era entonces el Paseo Bolívar es definido por él como “una cinta de pecados que ciñe el talle joven de la villa” (Ximénez, 1946e, p. 136). Como lo muestra la imagen, el lugar se convierte en una cinta, o cinturón, que ciñe y afea la ciudad, representada aquí como una jovencita; en este caso esa “cinta de pecados” aparece como el equivalente a “cinturón de miseria”, tan en boga en los últimos años en los reportes periodísticos y aun en los estudios sociales.

En otro relato encontramos que cuando la ciudad se duerme, “Le cuajan, en el suburbio, en los barrios y en las callejas de las gentes pobres, varios puntos de pecado. [...] En estos puntos, las tabernas, las casas de placer y los garitos, halla contento lo que se ha llamado el hampa” (Ximénez, 1946a, p. 14). En este pasaje vemos cómo en esos “puntos de pecado” se fusionan pobreza, delincuencia y prostitución. También en la permanente de policía encontramos una mezcla similar: “Se respira allí un ambiente hostil de pecado y de vicio. El tufo de la chicha empaña la atmósfera fría del cemento. Olor a sangre viva, se desprende de los cuerpos de los heridos” (Ximénez, 1934a, p. 3). En este caso, los elementos constitutivos de esa atmósfera de pecado y de vicio son el olor a chicha y a sangre: es decir, alcoholismo y violencia.

En el barrio Egipto, otro de los escenarios habituales para el redactor de la crónica judicial, también es descrito por el autor como una confluencia de miseria, alcoholismo y pecados: “No se capta el sabor de Egipto sin penetrar a sus muchas tabernas, recintos de vicio y de pecados, tugurios en que se expende la mejor chicha de la ciudad” (Ximénez, 1934b, p. 3). Queda claro, pues, que para el reportero los lugares habitados por la gente miserable de la ciudad son los lugares naturales para los pecados y los delitos, que según su semántica también son pecados.

Aunque Osorio Lizarazo también había estudiado en un colegio regentado por religiosos, lo mismo que Ximénez, su visión de la sociedad pronto se vería influenciada por los ideales de los movimientos de izquierda en Colombia, y por escritores aliados de las revoluciones en Europa, como Máximo Gorki, uno de los novelistas insignes de la Revolución rusa. En este contexto, parece lógico que mientras un cronista como Ximénez, apegado a la visión católica tradicional, ve en la laboriosidad de los pobres la abnegación propia del mártir, del cristiano sacrificado, del “pobre bienaventurado” que se consagra a la lucha por la salvación

de su alma, Osorio Lizarazo, ya marcado por esos ideales revolucionarios, ve en esa misma laboriosidad de los pobres la encarnación de la tiranía y de la desigualdad. Aunque en sus relatos también hay huellas de su formación católica, él tiende a una visión crítica, la cual lo lleva a mostrar que esas situaciones de pobreza extrema en que viven tantos habitantes de la ciudad son producto, no de los designios de Dios, sino de la ausencia de equidad. En sus relatos no hay lugar para ese buey, síntesis de castidad, humildad, sumisión y de eterna laboriosidad...

También puede observarse que en muchas de las crónicas de Ximénez —como en las de Osorio Lizarazo— el interés estético prima sobre los hechos narrados, y sobre la veracidad también, como lo hemos visto en otros casos. Y parte de su búsqueda estética en algunas de esas crónicas es proponer un universo cerrado, coherente de principio a fin, sin mostrar preocupación por el sacrificio que tenga que hacer de la veracidad, para no hablar de objetividad, que dadas las circunstancias no tendría sentido. En el mencionado relato sobre los tejares, para que no quedaran dudas de su interés en la parodia bíblica, el reportero concluye con esta sentencia: “En el principio fue el barro. Y al fin, sólo será el barro... Puesto que polvo somos...” (Ximénez, 1942, p. 11).

Del examen anterior podemos concluir que en el caso de Osorio Lizarazo, los elementos tomados del ámbito religioso para sus representaciones de la ciudad de los infames tienden a estar relacionados con la idiosincrasia particular del autor, preñada de pesimismo y de una visión trágica. Por ello, en sus relatos la alusión a Dios aparece también en contextos de súplica y de desgracias acaecidas a los personajes por la voluntad divina, así como en otros espacios ajenos a actitudes propiamente religiosas; asimismo, el diablo aparece con frecuencia en relatos relacionados con brujerías y espiritismo, aunque la mayoría de los registros están relacionados con los más miserables de la ciudad. En el caso de Ximénez, casi todos los registros de “diablo” están relacionados con historias de gente miserable y de delincuentes, mientras que “Dios” aparece en un contexto favorable, de fe, esperanza y armonía, aun cuando se trate de historias de aquella gente miserable; en tales casos, aquellos personajes muestran fe en el “buen Dios”, en el “señor Dios”, y para ejemplo podemos evocar la historia de la clínica San Rafael, de la comunidad San Juan de Dios, que sigue en construcción. Según el narrador, “Cada ladrillo que se coloca, cada muro que se alza, es un milagro de tesón, de perseverancia, de fe en Dios y de confianza en la caridad de los hombres” (Ximénez, 1940, p. 4).

Aunque ambos cronistas tuvieron la experiencia de una educación religiosa en colegios católicos, en el caso de Osorio Lizarazo esos elementos explícitamente religiosos usados en sus crónicas en relación con la Bogotá de los infames contribuyen, sobre todo, a la construcción de una atmósfera sombría y de un tono pesimista, mientras que elementos similares en los relatos de Ximénez tienden a dibujar una atmósfera optimista, sembrada de fe y de esperanza cristianas.

## NOTAS

1. La vuelta al mundo de dos pilletes, de Henri de la Vaulx y Arnould Galopin (1957), es una novela de folletín publicada por entregas en 1909; sus protagonistas son dos niños vagabundos que se ven abocados a grandes aventuras.
2. El epígrafe, publicado sin ninguna referencia al comienzo de la crónica, es una cita tomada de la Imitación de Cristo, de Tomás de Kempis (Alemania, 1380-1471), un libro dedicado a la devoción de los cristianos, escrito especialmente para la formación de los monjes.
3. El epígrafe, también sin ninguna referencia, es otra cita tomada de la Imitación de Cristo (Kempis, 1939).
4. Se agregaron las negritas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FRYE, Northrop. 1988. *El gran código*. Barcelona: Gedisa.

JIMÉNEZ, José Joaquín. [Ximénez]. 1934a. “El permanente de la policía”. *El Tiempo*, 12 de marzo, p. 3.

———. 1934b. “Relato del barrio de Egipto”. *El Tiempo*, 23 de abril, p. 3.

———. 1939a. “Ernesto Ríos, «El Palillo», se casará en la cárcel Modelo”. *El Tiempo*, 27 de noviembre, p. 2.

———. 1939b. “Manual del perfecto ladrón. Imaginación, arrojo y vergüenza han sido las normas de «El Palillo»”. *El Tiempo*, 15 de agosto, pp. 1, 19.

———. 1939c. “Intimidades de un reportero”. *PAN* (34), pp. 2-7.

———. 1940. “Un milagro diario se obra en el hogar-clínica de San Rafael”. *El Tiempo*, 15 de febrero, pp. 4, 13.

———. 1941. “Vida y tragedia del Patón Rafael Vélez”. *El Tiempo*, 22 de enero, p. 2.

———. 1942. “Breve noticia sobre los tejares”. *Vida* (45), julio-agosto, pp. 10-11.

———. 1946a. “Rateros, maleantes, atracadores, mujerzuelas, tahúres y asesinos”. En: *Crónicas*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, pp. 13-21.

- . 1946b. “La pavorosa tragedia de la mendicidad infantil”. En: *Crónicas*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, pp. 108-115.
- . 1946c. “Cómo vive el penado de la celda número 17”. En: *Crónicas*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, pp. 191-197.
- . 1946d. “Una visita al patio de mujeres”. En: *Crónicas*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, pp. 198-204.
- . 1946e. “¡Ay mi amo lindo, que estamos de promesa!”. En: *Crónicas*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, pp. 136-142.
- KEMPIS, Tomás de. 1939. *Imitación de Cristo*. Argentina: Tor.
- LA VAULX, Henri, Conde de, y Arnould Galopin. 1957. *La vuelta al mundo de dos pilletes*. Barcelona: Bruguera.
- LONDOÑO Vásquez, David y Luz Stella Castañeda. 2010. La comprensión como método en las ciencias sociales. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, N.º 31, septiembre-diciembre, pp. 227-252. ISSN 0124-5821. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=194214587010> [consultado el 12 de noviembre de 2015].
- OSORIO Lizarazo, José Antonio. 1926a. “Donde se recogen sin distinción los hijos de la miseria y los del pecado”. *Mundo al Día*, julio 31/1926, pp. 16-17.
- . 1926b. “Mansiones de pobrería”. En: *La cara de la miseria*. Bogotá: ediciones Colombia, pp. 119-130.
- . 1944. *El hombre bajo la tierra*. Bogotá: Biblioteca Nacional.
- VERGARA Aguirre, Andrés. 2014. *Historia del arrabal. Los bajos fondos bogotanos en los cronistas Ximénez y Osorio Lizarazo, 1924-1946*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.